

De la cobardía a la ignorancia

El 20-N estamos convocados a elegir a las personas que habrán de conformar el poder legislativo durante los cuatro años que tenemos por delante. Congreso y Senado se van a renovar según la voluntad ciudadana dicte: ésa es la aspiración democrática en nuestro reino. Después, según la mayoría que se conforme en el primero de ellos, este poder elegirá a un candidato a la Presidencia del Gobierno quien, finalmente, formará el futuro Gobierno con personas de su confianza.

En territorios como el nuestro, donde el bipartidismo tiene el fino encargo de segar cualquier idea que atisbe alternativas, el ejercicio democrático se reduce a saber qué partido se llevará el gato al agua: o el progresista que renuncia a un Estado del Bienestar, amparado en “la realidad de la crisis”, o uno conservador que sólo ve al Estado como al derrochador que ha de reconducir sus tareas hacia la “recuperación de los mercados, que son muy sensibles al gasto público”.

Yo, que pretendo ser demócrata hasta donde me dejen, quiero que se presenten todos los que realmente nos van a gobernar: el Gobernador del Banco de España, la Directora del Banco Central Europeo, los directivos de la agencia Moody’s o de la Goldman-Sachs,...

Lo peor de todo es la perspectiva en la que nos situamos: ninguna de las dos alternativas mayoritarias opta a la realización de un “poder real, ya”. Así, mientras que una minoría creciente, y espero que hegemónica algún día, pide “democracia real, ya” desde la distancia al poder, los elegidos “democráticamente” renuncian al ejercicio real del poder... en el que los hemos puesto.

La explicación es evidente: estamos siempre entre la cobardía de la izquierda y la ignorancia de la derecha. El tonto-pera estará pensando: ya está este trayendo ramalazos ideológicos... ¡que no, gilipollas! Lo lamentable es que ni Izquierda ni Derecha, al menos ninguna de las dos “alternativas” que nos facilita este bipartidismo, asume el riesgo de fortalecer las estructuras de poder que están en su mano.

¿Por qué no podemos disponer de una Banca Estatal que tenga entre sus objetivos la inversión en actividad productiva y en iniciativas de interés social, educación, sanidad e infraestructuras? ¿Es mucho pedir que el ejercicio del voto se vea refrendado por un poder ejecutivo, realmente, autónomo e independiente?

Un poder de izquierdas que no se avergüence de nacionalizar elementos estratégicos para la economía; un poder de derechas que tampoco bendiga al capitalismo como final el de la historia. En todo caso, ni capitalismo ni bipartidismo nos dan soluciones. Razones hay para indignarse, las hay.

Fecha: 17/10/11

Enrique de Amo
Decano Facultad de Ciencias Experimentales de la UAL